

Introducción

POR
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Del 2 al 5 de marzo de 1994 tuvieron lugar en el magnífico marco de Jaca las X Jornadas de «Antropología social sin fronteras» centradas esta vez en la reflexión sobre y evaluación del *Futuro de la Antropología*. Momento y tema me parecieron oportunos puesto que nos encontramos en una encrucijada en nuestra disciplina tanto si la sopesamos a nivel internacional como en módulo local; concretamente y en cuanto a este último, nos acabamos de enfrentar a un tanto mediocres perspectivas y posibilidades -un tanto desaprovechadas- de encauzar y adaptar la Antropología a nuestra diversa geografía cultural a través de múltiples y diferenciados planes de estudio. La tiranía de la institucionalización académica tampoco ha ayudado; al convertirnos en homogéneos burócratas de la Antropología marchita la variación interna y seca en buena medida el manantial de la originalidad local; nos condena a repetir en lugar de incitarnos a imaginar y crear.

Por otra parte y en cuanto al otro más amplio nivel, el marxismo predominante en los años 60, el imperialismo avasallador del estructuralismo en la década de los 70 y el feminismo, narratividad y postmodernismo actuales no sólo han contribuido, con giros de muchos grados, al enriquecimiento teórico de nuestra profesión -aunque en grado diferente- sino que le han proporcionado nuevas y fértiles perspectivas de futuro. Podemos y debemos -estimo- aceptar el reto de este doble *Horizontverschmelzung* o fusión de horizontes interno-externos para, con la acumulación cualitativa de nuestro breve pasado, mirar con esperanza un futuro antropológico que, ciertamente, tenemos que dirigir, iluminar y potenciar. ¿Qué hacer nosotros hoy? ¿Podemos contribuir en algo? Esta es la pregunta que subyace a nuestro agradable encuentro internacional jaqués.

Los ejes en torno a los cuales se puede articular, parte al menos, del debate sobre el futuro son, pienso, los siguientes: 1) Hemos pasado en nuestra historia disciplinar del preponderante estudio del exotismo a la reflexión sobre lo propio desde la postmodernidad. 2) Este nuevo enfoque incita a la investigación de nuevos objetos, temas y problemas, los cuales 3) exigen a su vez la actualización del conjunto de

métodos y técnicas tradicionales. Por último, 4) a todo esto subyace una pregunta elemental pero decisiva, a saber: ¿qué forma, modo y estilo de vida vale la pena, según estudiosos y antropólogos, vivir?.

La letanía de preguntas-problema que estos cuatro bloques introductorios suscitan es larga y compleja. He aquí algunos ejemplos: el trabajo de campo en nuestra sociedad y el análisis de nuestra propia cultura suponen otro tipo de relación del antropólogo con lo y con los investigados; necesario es afrontar tanto teórica como pragmáticamente esta nueva postura diferente a la tradicional. Nada hemos hecho hasta ahora. Otro ejemplo: ¿vale para todo la Antropología social o hay que limitarla a espacios, temas y tiempos analítica y sintéticamente, conceptual y prácticamente? ¿Convendría, especulativamente al menos, alcanzar una ciencia unificada de lo social? ¿Circunscribimos la Antropología a una intensa reflexión crítica especulativa o debemos tomar parte activa aconsejando en la toma de decisiones urgentes y prácticas? Hay que sopesar en debate abierto los pros y contras de ambas o terceras posiciones para tener, al menos, claridad conceptual respecto a tema tan importante en la actualidad. En definitiva: ¿Podemos y debemos convertirnos en empresarios de lo social?. No es, desde luego, ésa mi aspiración profesional.

Pero, quizás, quedará más precisada mi personal posición frente al futuro de la Antropología -concretándome ahora solamente a nuestra geografía peninsular- si en lugar de continuar con interrogantes (aunque sean apremiantes) enumero mis *códigos* favoritos en el análisis metódico y sistemático de lo hispano. Comienzo por el *código cultural*. La imaginativa energía antropológica tiene como objeto fundamental, fundante, primario y constituyente el análisis de la cultura. Ciertamente que ninguna disciplina social tiene el monopolio del estudio de lo humano en ninguno de sus aspectos, pero lo nuestro sigue siendo, sin duda, la cultura. Cierto también que algunos colegas continúan de sabático en la Luna y aún no se hayan enterado, pero entre muchos de nosotros el acento agudo y el énfasis preferente continuado están en lo cultural más que en lo social; éste contextualiza necesariamente y siempre a aquél pero nuestra atención principal y final va dirigida a la investigación de la pluralidad de sistemas simbólicos y a la multiplicidad de prácticas ordinarias, lúdicas, expresivas y rituales que objetivan cánones de pensamiento y explicitan modos de dar sentido a la vida. A través y por medio de la etnografía inmediata y vivida, fertilizada por la cuestionante reflexión antropológica intentamos desvelar lo envuelto, iluminar lo oculto, lo que no aparece, para, en atrevido salto funal, alcanzar reflexiones abarcadoras, generalizantes sobre nuestra universal condición.

Nuevamente, en lugar de seguir a nivel desiderativo y proposicional sobre el *unicum anthropologicum*, voy a descender al *état de choses* con un ejemplo actual y concreto, abordando otro *código* al que necesariamente está llamada nuestra Antropología, al *urbano*. Sociólogos, antropólogos y geógrafos, entre otros, investigan el espacio urbano. ¿Elaboramos meticulosos mapas y coordenadas espaciales como éstos últimos? ¿Compilamos estadísticas extensivas como los primeros?.

Sugiero que nuestro campo de acción es un especial universo urbano para cuyo análisis nos servimos de categorías tales como territorio, mapa mental, espacio simbólico-ritual, identidad, frontera, generaciones, dualidad sexual, familia (normal, separada, reagrupada), mónadas culturales, subdivisión y heterogeneidad (subculturas económicas, educativas, artísticas, literarias, etc.). Nos preguntamos también sobre los *lieux* culturales múltiples, es decir, sobre el pluriculturalismo ciudadano, exploramos la dialéctica entre la reproducción de culturas tradicionales y la tendencia homogeneizadora a ese nivel, observamos la urbanización del agro, etc. A todo esto añadiría como preceptivo inquirir y semiotizar el *sensorium cultural*, tan relegado en nuestra etnografía, para poder formular y comprender mejor un conjunto de mensajes secretos que de otra manera se nos escapan.

No tiene sentido abdicar de nuestra especificidad. El concepto de cultura reemplaza cada vez más al de sociedad en el postmodernismo. Han aparecido recientemente en el mundo anglosajón todo un conjunto de monografías con los siguientes, expresivos títulos: *La cultura de la protesta, de la franqueza, del dolor, de la libertad, de la permisividad, de la solidaridad, del narcisismo, de la tolerancia, de la autenticidad, de la sensibilidad, de la risa, del conflicto, de ocio, del turismo, etc.* Todas estas obras retan al antropólogo a insistir en su denominación de origen, a subrayar su curiosidad por lo específico, a profundizar en su esencia.

Código histórico. Voy a ser mucho más breve a continuación puesto que ya he indicado el núcleo y perfil de mi posición fundamental en las líneas anteriores. Al insistir en la historización de lo cultural en nuestras monografías aludo, claro está, a la necesidad de ver en profundidad temporal todo y cualquier fenómeno cultural; no tiene sentido que despreciemos el abundante material histórico que al alcance de la mano tenemos. Me refiero además, y principalmente ahora, a otra dimensión que, aunque olvidada, reitera su llamada al antropólogo. La historia de España ganaría mucho en virtualidad interpretativa si la investigásemos en su constituyente y formativa pluralidad socio-cultural. Es imperioso hacer sentir en el devenir histórico del conjunto el peso específico de las afiliaciones plurales, la incorporación de la diferencia cultural, la constante tensión en el proceso unificador/diversificador. La historia hispana holística, aquella que aglutina y funde el conjunto de ideas y experiencias compartidas con la vivencia de la diversidad cultural está todavía, en buena medida, por hacer.

Código semántico. Tenemos, creo, que acostumbrarnos a oír otras músicas -no siempre armónicas-, aquellas que hacen vibrar las fuerzas en acción en la sociedad contemporánea. Nuestra particular aportación puede consistir en precisar la especificidad local y contraponer la esclarecedora comparación intercultural de los fenómenos y procesos actuales. Nuestro vocabulario fundamental cultural está contagiado de vaguedad, medra en el equívoco y agoniza en confusión. Una desbordante etnográfica descripción de las imágenes y representaciones locales variadas y de la potencia de los símbolos en torno al dolor, la enfermedad, el placer de vivir y la

terribilidad del morir, el prolijo y riguroso examen de la semántica cultural de nociones y prácticas tan cruciales como libertad, democracia, poder, autoridad, justicia, responsabilidad, irracionalidad, violencia, crimen, etnicidad, postcolonialismo, etc. pueden decirnos mucho sobre quiénes somos y porqué hacemos lo que hacemos.

Código religioso. Extraña la relativa atención concedida por nuestras monografías antropológicas a fenómeno cultural tan omnipresente y configurante en nuestra historia. Los ritos de transición, las innumerables fiestas con sus cofradías, hermandades, ágapes, procesiones, emblemas, iconos y santos tutelares ofrecen una innegable dimensión de carácter sagrado que a su vez dignifica las divisiones jurídico-territoriales; más aún, esta cifra hermenéutica nos hace adivinar el carácter inequívocamente religioso de mucho pensamiento y actividad política actual. Un fino análisis cultural de la presencia de Nuestra Señora como *virgen y madre* de Dios en nuestro catolicismo tradicional podría arrojar luminosidad sobre un conjunto de valores actualmente en operación y cambio. El *código religioso* es importante y revelador a pesar de su aparente desfase y superficialidad; la institucionalización social de lo religioso y su estructuración cultural se muestran en acción hasta en los no creyentes de dicto o no practicantes. La matriz religiosa es visible en cualquier rincón de la Península; mucho aprenderíamos sobre la naturaleza de la creencia, sobre la racionalidad y sobre contradicciones mentales acercándonos al estudio del supuesto ateo, del cristiano proceso de descristianización, del blasfemo creyente, etc. Curiosamente, las monografías que se acercan al tema religioso subrayan siempre y sólo el aspecto aparente: el negativo. No hay que olvidar que narraciones etiológicas sagradas (que han desbordado todas fronteras) jalonan la historia de España y que con nuestras supranacionales creaciones culturales de dominicos, jesuitas y Opus Dei hemos vertido a raudales catolicismo al exterior.

En este mi empeño en llamar la atención sobre las complejas relaciones entre nuestra experiencia etnográfico-histórica personal y los significados colectivos he traído a fugaz consideración unas pocas cifras o claves que pueden ayudarnos en nuestro esfuerzo antropológico. Todo código particular es deficiente en sí mismo, pero todos los que he mencionado -siempre que estén socialmente contextualizados- se imbrican de tal manera y forma que llegan a constituir algo así como una compleja intercodificación complementaria, unitiva y totalizante. Acabo de sugerir cómo el *código religioso* implica y penetra en todos los demás y lo mismo podría mostrarse con cada uno de los otros con respecto al resto.

Sólo me queda dar paso a las ponencias presentadas en estas placenteras, densas y remunerantes jornadas que pasamos en Jaca debido a la generosidad de la Diputación General de Aragón, de la Universidad de Zaragoza y de la Diputación de Huesca a las que en nombre de todos los participantes, muy sinceramente, agradezco.